

Carta abierta a José Agustín Goytisolo

por Carmen Martín Gaité

Cuando por tu mala cabeza te pusiste a escribir, pobre Toté, no sabías que es vicio sin retorno, ni que el lobito bueno, a quien maltrataban todos los corderos, se podía afe-rozar, ni que aquel sueño de un mundo al revés llegaría un día a convertirse en pesadilla. No, no lo sabíamos nadie de los que te oímos cantar y cantamos contigo mientras to-mábamos al azar trenes de tercera de los que no llevan a ninguna parte (1), o atábamos las niñas a los árboles como globitos borrachos que sólo se desinflan con el sueño (2). Cantábamos también a la muerte con música del burro que acarrea la vinagre, qué duelo hubo en Torrent-bó, cuanto llanto por aquella rica señora a quien Dios se llevó de esta vida regalada y ella lo legó todo a los cartujos, bajan el torrente, bajan la riera, van todos diciendo ¡ay Dios, qué buena era! Cantábamos a la muerte (3), sí, pero eso tam-poco sabíamos que se puede quedar crónico, porque no le temíamos a la vida. Y ahora el miedo es un demonio verde. Que no le temes a la vida, dices. Y mientes. Porque el miedo te posee como un demonio verde. Y aunque bebas y cantes aún con pasión de niño y juegues y hasta tengas suerte y de noche sueñes con el amor; mientes, pobre Toté, mentimos todos, nos arropamos con un manto de tarlatana.

Yo bebo tus mentiras, y quiero que lo sepas desde lejos, me acerco algunas veces a beber en tus libros el sabor de un adiós que no siempre es verdad, porque todavía asoman las reparaciones, como ahora lo estás viendo. ¿O no me oyes reírme en tu homenaje?

Muchos han muerto, dices, y te preguntas por los demás, por los que siguen go-zando del indulto. Te intriga adivinar si estarán, como tú, repasando las horas y los años para aferrar siquiera un día feliz, si hay miedo en sus sábanas y detrás de sus ojos, si cada cual con su tempestad y su calma a cuestras Se ha construido o no un infierno con flores pintadas. Pero cuando piensa en ellos, lo que anhela el solitario, el que huye de sí mismo eternamente para retornar, es que esos otros sigan en la fotografía. Algunos sí seguimos, y la estamos mirando. Y aparece un chico guapo con pelo muy negro peinado a raya que por su mala cabeza se puso a escribir, uno que se reía mu-cho de los discursos y los homenajes. Yo me he salido de la fotografía para echarme a reír en tu homenaje, para escuchar absorta tus mentiras.

Un abrazo Toté, ¿no me oyes reír?, ¿a que te suena?

NOTAS

(1) Carmiña, Rafael Sánchez Ferlosio, Marta, la niña de unos dos años y José Agustín fueron en trenes desvencijados y lentos desde Madrid hacia Extremadura -en varias etapas- para cazar. Se alojaban en pensiones muy baratas, tenían poco dinero 1957?

(2) Carmiña, Rafael y Marta habían pasado, en el verano del 56, un mes en Reus, en la casa de la familia Carandell. Después se trasladaron, junto con José Agustín, Ton y Julia a Torrent-bó, la casa de la familia Goytisolo, en Arenys de Munt, la costa noreste de Barcelona, Carmiña estaba escribiendo una novela, se levantaba muy temprano y se ponía a escribir en el jardín. Su hija era muy movida y la ataba con una cuerda muy larga a un pino, a su lado. Ton también ataba a Julia, que todavía no caminaba. Durante este verano bordaron una colcha, muy grande, de lino, en la que Paco Todó, pintor de Barcelona, había dibujado las murallas de Ávila en recuerdo del poema de José Agustín, "Nocturno de Ávila" de *Del tiempo y del olvido*.

(3) La canción a que hace referencia la inventaron Carmiña y José Agustín un día que iban todos en el coche. Los dos eran muy alegres. Rafael iba filosofando que era una maravilla.



De izquierda a derecha: Jaime Gil de Biedma, Carmen Riera, Carlos Barral y José A. Goytisolo

Un poeta vivo

por José Fdez. de la Sota

Era un poeta vivo y no como se ha dicho -por decir, por hablar, por hacer el artículo- *el gran superviviente* de su generación. No era un resto de nada sino un poeta entero y verdadero y vivo. Un poeta que siempre dio la cara y hasta nos dio su voz en aquellos conciertos -definitivamente inolvidables- en los que acompañaba a Paco Ibáñez. Sentado ante una mesa como de funcionario del Registro Civil o puesto en pie lo mismo que un torero, un poco de perfil según ha escrito Vázquez Montalbán, para tentar la suerte. Quizás logrando aquello que deseó Gil de Biedma: llegar a ser poema en lugar de poeta. Un poema con patas y zapatos y un pitillo en la boca, siempre negro, igual que su camisa -me malicio- igual que su bandera de corsario, la del pirata honrado y justiciero.

Era un miembro brillante de una generación -y de un grupo poético de supuestos amigos residentes en la misma ciudad, industriosa y condal- cuajada de talentos deslumbrantes. No se trata de hacer comparaciones. Y menos todavía comparaciones poéticas inútiles, radicalmente inválidas salvo que uno conciba la poesía como una rama de la microinformación o el diseño industrial. La poesía de José Agustín Goytisolo es una cosa viva y no un fiambre -que diría Ramón Irigoyen- de palabras muertas. Goytisolo nos habla desde su verso irónico, satírico, atrabiliario y tierno. Lo mismo nos acuna que nos da un buen meneo, nos agarra con fuerza las solapas, nos agita como un agitador,

Escribe Antonio Otero en un curioso opúsculo titulado *Colección particular* que Carlos Barral "cuando surgía el tema de las matemáticas, soltaba: que sumen y resten los esclavos." A veces las anécdotas consiguen acercarnos muy peligrosamente a la categoría de los personajes. De Goytisolo cuentan infinidad de anécdotas. La del cingaro y su oso, por ejemplo. Se dice que el poeta era además, a ratos, excesivo. Los excesos y el gusto por contarlos, pintarlos, adobarlos. Da igual. La vida es un exceso casi siempre, no llegas o te pasas. Pretender equilibrio es asistir a la desolación de la quimera zen. José Agustín vivió, tal vez por eso, agitado, agitándonos. Y por eso no ha muerto y sigue vivo.